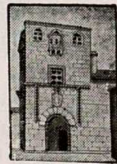


extraordinario saber de ese extremeño archidotado que se llamó don Antonio Rodríguez-Moñino, en cuya afanosa existencia no hubo vocación más intensa, ni más halagada, que un certero adentrarse en la florida selva de nuestros patrios archivos y bibliotecas, tonificándose con su inefable aroma, y dándonos ópimas cosechas de su incesante laborar en campos tales, hasta lograr que su nombre quede como paradigma de estudiosos y de críticos, para afianzarnos el recuerdo de su personalidad en las recatadas y umbrosas parcelas de la nostalgia, ojalá fácil para el ejemplo bien aprendido.

Dalmiro de la VÁLGOMA Y DÍAZ-VARELA

de la Real Academia de la Historia



HA MUERTO UN AMIGO



A muerto don Antonio Rodríguez-Moñino. No quiero aquí resaltar su tan conocida faceta de erudito y escritor, tan notoria. Voy a hablar de don Antonio, hombre. De don Antonio Rodríguez-Moñino hombre bueno y caballeroso. De don Antonio hidalgo extremeño integérrimo e intachable.

Su carácter era enterizo e inflexible, pero podía serlo. Cuando un hombre ha sido honesto consigo mismo puede ser exigente con los demás. El nunca se doblegó ante la incomprensión, y la envidia rastrea y miserable de sus émulo. Los que tengan la idea de que Moñino era una especie de Voltaire del siglo XX se equivocan. Moñino era cristiano y un cristiano practicante y consecuente. Era algo anticlerical, eso sí; pero tal como están las cosas, el ser anticlerical va a acabar como cosa de gentes de derechas. En política internacional fue anti ruso siempre. Achacaba el fracaso de nuestra segunda República a que los gobernantes trataron de contar con el pueblo. Y decía: «las reformas si hay que hacerlas, se hacen; pero sin consultar a nadie». La masa es estulta. El pueblo orgánico, vertebrado en sus clases y estamentos es otra cosa. Pero hoy no hay pueblo, hay masa, y la masa es ciega.

Antonio Rodríguez-Moñino cultivaba una extraña fruta en el panorama español: la amistad. El daba la cara por los amigos hasta la muerte. Su generosidad era ilimitada. Lo mismo en comunicar su ciencia que en la ayuda al prójimo. Y en su magisterio era sencillo y directo, lejos de la seriedad de algunos adustos profesores que disimulan su ignorancia con su desabrido aspecto y su esoterismo.

Su curiosidad era inmensa. Era un extremeño universal. Frente al erudito de pueblo, cicatero y limitado, su amplio saber, su corazón abierto y su mente clara, ávida de conocer. Era un extremeño, amante de su tierra como el que más, pero volcado a lo universal. Las polémicas puebleras entre eruditos comineros le producían repulsión.

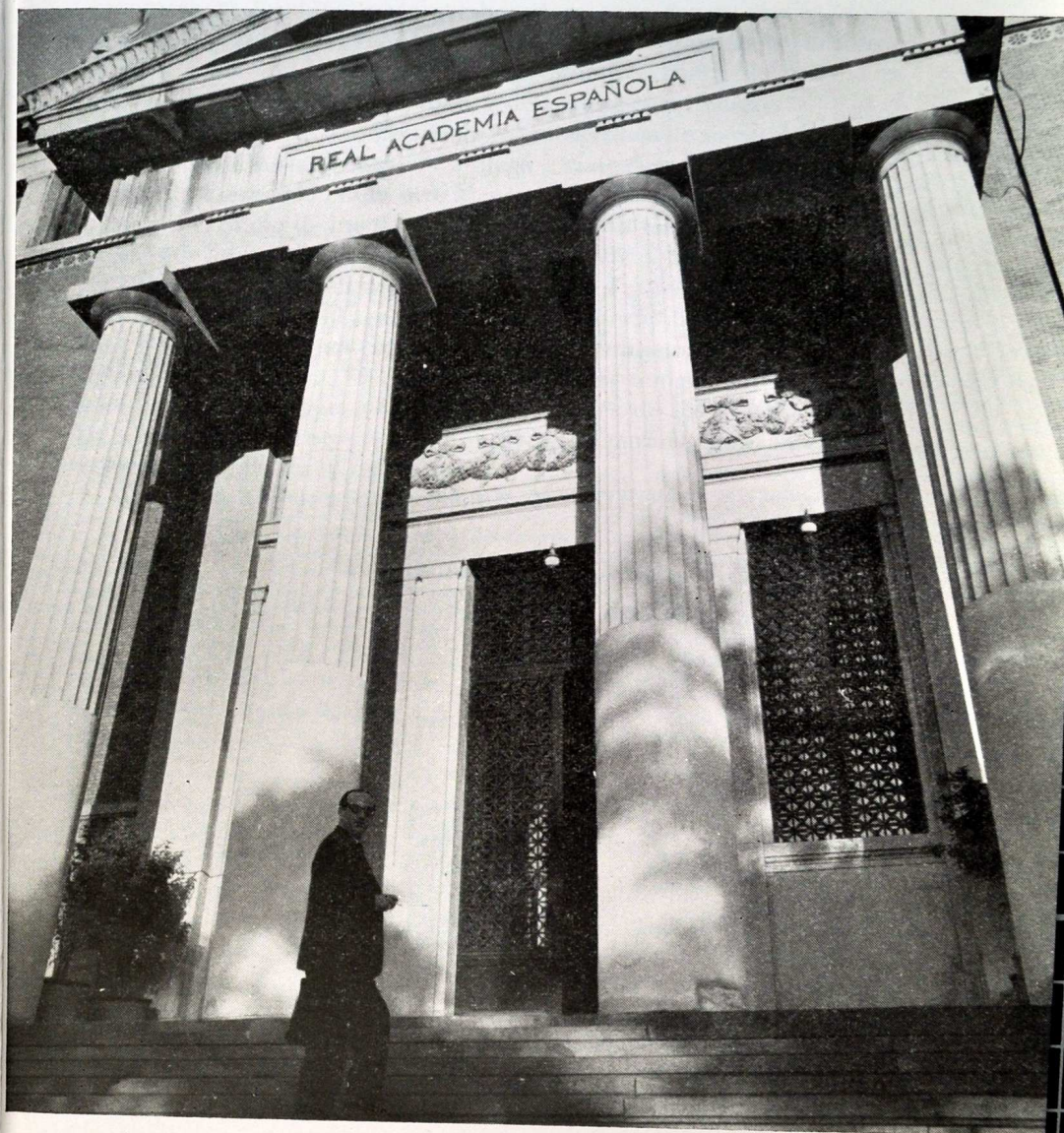
Era algo explosivo; por algo era de la casta de los Pizarros y los Monroyes, de los Corteses y los Alvarados. La blandura y las componendas, para otros temperamentos más pasados por agua que el suyo.

Hizo por España en el extranjero mucho. Y yo le he visto indignarse y defender a nuestra patria como un bravo ante las patrañas y las insidias que intelectuales de otras tierras proferían contra nuestro pasado y nuestro presente. En Berkeley y en toda América mantuvo bien enhiesto el pabellón de España. Y siempre con nostalgia, de su Extremadura, de su Madrid y de su España. La última vez que cogió el barco para América dejó su biblioteca y su casa de la calle madrileña de San Justo con muy pocas ganas. Pero América fue más generosa con él que España. Le pasó igual que a sus antepasados los que sembraron Españas allende el Océano.

Perdimos a un gran sabio, cosa triste para España, y los amigos perdimos un hombre bueno. Dios sabrá contar sus cordiales virtudes una a una y sabrá disculpar sus viriles defectos, fruto de su temperamento, que no de su intención que era recta y limpia siempre. Moñino, tenía el corazón blando y el espíritu duro.

Su tertulia del madrileño café «Lyon» era un aula abierta. Pero allí no iba cualquiera, porque el que quería acercarse al maestro, daba pues ya muestras de ser inteligente y curioso. Los tontos, le caían bastante mal a don Antonio, aunque los aguantaba en medio de la corrección y aún de la cordialidad. Pero por espíritu cristiano y caritativo, que no por gusto. Alguien de vez en vez iba al «Lyon» a soltar su larga perorata de floridas vaciedades y con olimpica sonrisa aguantaba el chaparrón Antonio R. Moñino. Y allí, respondía a las preguntas más increíbles y arcanas. Sabía de todo, hasta de lo que le importaba nada o casi nada. Por ejemplo, de genealogía e historia nobiliaria, materias que le interesaban muy tangencialmente, sabía más que muchos que llevan lustros dedicándose a ellas. Y cosa importante, en su tertulia no se hablaba mal de nadie. Entre sus amistades se contaba toda la escala social. Desde el millonario, el aristócrata y el polígrafo, al limpiabotas y el futbolista de tercera división.

Era hombre de mucho sentido del humor, vaya esto para quienes le tuvieran por una especie de adusto monstro de la erudición. Y era algo para mí muy importante; un caballero español. Era señorial su



Rodríguez-Moñino ingresó con todo honor y merecimiento en la Real Academia Española en 1966

porte, sus maneras, su trato, su conversación. Era elegante por dentro y por fuera. Fiel e inteligente colaboradora suya fue su mujer, doña María Brey Mariño, de galaica progenie, autora de interesantes estudios literarios y estímulo constante para el Maestro. Doña María ha sido digna compañera del ilustre hombre de letras desaparecido.

Moñino sólo vivió 60 años y dejó ingentes frutos de su agudeza, buen gusto e incansable laboriosidad. Si llega a vivir cien años como Gómez Moreno, hubiera sido como otro Menéndez y Pelayo. Pero Dios, viendo su cuerpo cansado de luchar a brazo partido en esta vida de destierro que es la de aquí abajo, se lo llevó al Cielo, donde podrá disertar de todo con sus colegas que hicieron el viaje definitivo antes que él. Allá en el cielo todo está claro y el agudo problema de interpretación se torna diáfano. En un célico *Lyon* charlará con Arias Montano, con Forner. con Gallardo, Díaz Tanco, Pedro de Valencia, sus amigos y paisanos de de otros tiempos, cuyas vidas rastreó a través de los papeles de los Archivos y que ahora ya no tendrán secretos para él, pues en el cielo repito, todo es perfecto y patente.

Adios, don Antonio. ¡Hasta siempre, MAESTRO!

Alfonso de FIGUEROA Y MELGAR

Duque de Tovar

